

## La Sala de ballet de la Ópera de la Rue Le Pelletier

Dos, tres, cuatro y cinco, dos, tres, cuatro y cinco, ahí estaba su bastón contra el suelo, marcando el tiempo, tiempo subjetivo, tiempo del arte, tiempo ideal, escurridizo, ilógico, pero tiempo al fin y al cabo. Ahí estaba ella, tal vez a punto de realizar una *pirouette*, tal vez finalizándola, perfectamente en línea, atenta, viva, cansada, paciente, obediente, escuchando el compás, siguiendo las instrucciones, no te apresures, cuidado ahí; ella y las demás en una tranquila atmósfera, bella, delicada, frágil. Pensaba en Tchaikovsky, posterior, sí posterior a estas bailarinas—aunque no por tanto—pensaba en las piruetas, en la virtuosidad, en el trabajo de ellas. Y estaba frente a ellas, inmóvil, en otra realidad que buscaba la unión, en un estado casi inconsciente, contemplando, casi realizando un movimiento al vacío, dando el salto, ese salto a la nada original que es él mismo, intentando aniquilar la razón, pero aún atado a la inmediatez, en un estado de tensión, lucha constante por alcanzar la intimidad máxima con la tela, su mente transportada a la irracionalidad de la música, sus ojos transportados a la irracionalidad del arte, pero él aún ahí, sentado, enfrentado, por un lado, a la inmensidad de sensaciones, por el otro, a la multiplicidad de interpretaciones. ¿Por qué el foco de atención es ella?, ella la que ensaya a la vista directa del maestro y del músico, ella y nadie más, ella ante todas sus compañeras, ella en el centro y yo acá, a vista de todos, en el centro ante ti. Parecía ensayando, al igual que ella, al igual que ellas, dentro de una atmósfera igualmente frágil, bella, pero por sobre todo rodeada de belleza, un poco más allá la música intentaba atravesar la barrera invisible, la orquesta llevaba tocando desde 1869, inagotables, absolutamente entregados a esa melodía silenciosa, instante de eternidad arrojado al mundo, un murmullo opacaba las notas, las bailarinas en medio de la escena irrumpiendo con sus *Tutús*, flores inversas con dos pistilos, rosados y amarillos, azul y verde, haciendo un *Bourrée*, llenando de simbolismo la música de los de los violines, del fagot, violonchelo, arpa, flauta traversa y contrabajo; y a su lado, un piano y un violín intentaban dar clases desde 1872 a unas niñas. Pero él sigue ahí, aún inmóvil, ahora más que antes, sereno, la mirada en la nada, sin tiempo, tal vez, sintiéndose sin espacio, en otra realidad. Dos, tres, cuatro y cinco, dos, tres, cuatro y cinco, vamos a hacerlo otra vez, sigue mi bastón, éste te va a marcar el tiempo, ya te lo dije, recuérdalo, dos, tres, cuatro y cinco, dos, tres, cuatro y cinco. Vamos y uno y, ahora, *pirouette*; tres, en línea; cuatro, *pirouette* y descansa ahí, quieta, mira tu posición, casi perfecta, unos pocos ensayos más y lo lograremos. ¿Qué habrá sucedido? Tal vez

esté descansando, tal vez acaba de finalizar una *pirouette*, tal vez la está empezando, hermoso cuadro, Degas, un gran pintor, y la expresión del maestro, moderado, sereno, queriendo explicar algo, no sólo a ella, pareciera que también a nosotros, y en el centro ella, en medio de toda la atención, de toda nuestra atención, de la tuya y de la mía, tal vez luego de otro, que se vendrá a sentar en el mismo lugar en el que estás, sereno, moderado, queriendo revelar algo que no puedo comprender, y ahora tú, tú en el centro junto con ella, robando mi atención, el arte de abstraer, de llevarnos a otros planos de la realidad, el arte de vivir, el arte de verte ausente en presencia de las bailarinas, pero tan presente en la realidad de ellas quizás.

Era hora de cerrar, y ellos aún ahí, sentados, contemplando inalterables un momento de fragilidad eterna, óleo sobre tela, carne sobre el tiempo, en un viaje silencioso, colectivo con pasaje individual, irracional con llegada racional a la realidad inmediata, ellas seguirán ensayando, ella seguirá practicando su *pirouette*, tal vez finalizándola, tal vez empezándola, por siempre, para siempre; dos, tres, cuatro y cinco, dos tres cuatro y cinco, en cinco minutos más cerramos, se oye, y también se oye la música de las orquestas que no cesan de tocar, que no cesarán de tocar, porque su público no los dejará ya nunca. Ella se levanta, él la mira, y ella ahora en el centro, sola, toda la atención sobre ella; dos, tres, cuatro y cinco pasos, una mirada, una palabra, tal vez el final, tal vez el inicio, lienzos arrojados al mundo, para ensuciarse en las calles y develar su belleza en instantes de fragilidad absoluta y maravillosa, como el baile eterno de las bailarinas de Degas.